

yectos! pero con máquinas tan endebles, tan inactivas, cada dia, cada hora, cada instante, estoy expuesto al riesgo de ver que se desploma una columna y sepultarme en las ruinas. Sin embargo, si no tuvieran estos defectos de que me quejo, ¿cómo hubiera yo adquirido sobre ellos este poder que los hace mis agentes pasivos, aun cuando parece que obran con la mayor decision? Si, nuestros fanáticos tienen razon en algun modo cuando sostienen que todo sucede por lo mejor.

Puede parecer extraño, que en medio de todos los motivos de temor que agitaban á Christian, la idea de que la virtud de su sobrina podria ser el escollo donde viniera su navío á estrellarse no se le presentaba sino rara vez y con muy poca fuerza; pero era un malvado resuelto, un libertino endurecido, y, bajo de estas dos consideraciones, no creia en la virtud del bello sexo.

CAPITULO III.

Que de memoria poco digno.
 Fué Carlos rey, os lo concedo :
 Mas supo beber buen vino,
 Al amigo tambien estimó tierno.
 D^r WALCOT. *Peter Pindar.*

Londres, este vasto centro de toda especie de intrigas, reunia entonces en su recinto de vapores sombríos, el mayor número de los personajes que hemos presentado hasta la presente en escena.

Uno de ellos, Julian Peveril, cuando llegó

allá, tomó su posada en una del arrabal, pensando que debía mantenerse oculto hasta que pudiese ver en particular á los amigos en estado de prestar auxilio á sus padres y á su bienhechora, que se veían igualmente en situación peligrosa. El mas poderoso de ellos era el duque de Ormond, cuyos servicios leales, el alto rango, los méritos y virtudes, conservaban todavía ascendiente en una corte, donde sus calidades se miraban en general como fuera del favor. Era un hecho que Carlos, cuando este noble y fiel servidor de su padre se le presentaba, parecia reconocer tanto su inferioridad moral, que Buckingham se tomó un dia la libertad de preguntar al rey, si el duque de Ormond habia perdido la gracia de su magestad, ó si su magestad habia perdido la del duque de Ormond, pues que siempre que los veía juntos el rey parecia siempre el mas cortado de los dos. Pero Peveril no fué bastante afortunado para alcanzar los consejos y proteccion de este señor respetable, porque no estaba por entonces en Londres.

Despues de la carta para el duque de Or-

mond, aquella que, segun la condesa, parecia de mas importancia era la que iba para el capitán Barston, jesuita disfrazado, cuyo nombre verdadero era Fenwicke, que debía vivir ó podian dar razon donde vivia en casa de uno llamado Martin Christal, en el parage llamado la Saboya. Apresuróse Julian á ir allá, luego que supo la ausencia del duque de Ormond. No ignoraba los peligros á que él mismo se exponia, haciéndose de este modo el sugeto intermedio entre un sacerdote papista y una católica sospechosa. Pero cuando se encargó de la comision peligrosa de la condesa, lo habia hecho sin reserva y con la resolucion firme de servirla del modo que creia lo exigian sus negocios. Sin embargo no pudo menos de experimentar un movimiento involuntario de temor, cuando se vió metido en un laberinto de pasadizos y corredores oscuros, que iban á los cuartos situados en el antiguo edificio llamado la Saboya.

Este edificio antiguo y casi arruinado ocupaba entonces en el Strand una parte del local donde se ve hoy Somerset-House. Habia

sido en otro tiempo un palacio, y su nombre venia de un conde de Saboya que le habia mandado edificar. Habia servido de morada á Juan de Gaunt y á diferentes personas de distincion; fué despues un convento, luego un hospital, y en fin, por el tiempo de Carlos II, no era mas que un conjunto de edificios estropeados, habitados principalmente por los que tenian alguna relacion con el palacio vecino á Somerset-House. Este último edificio, mas feliz que la Saboya, conservaba todavia su titulo real, y estaba habitado por una parte de la corte; el rey mismo tenia cuartos en él, y residia algunas veces.

Solo despues de haber tomado señas, y de haberse equivocado mas de una vez fué cuando, habiendo pasado un corredor largo y oscuro, cuyo piso de madera maltratado por el tiempo, amenazaba hundirse bajo los pies, halló en una puerta vieja el nombre de Martin Christal, tasador, grabado en una placa pequeña de cobre. Estaba para levantar el llamador, cuando sintió que le tiraban de la casaca. Volvióse, y su sorpresa casi llegó á

espanto, cuando vió á la joven sorda muda que habia querido acompañarle á su salida de la isla de Man.

— ¡Fenella! exclamó él, olvidándose que no podia ella oírle ni responderle, ¡es posible! ¡qué! ¿eres tú, Fenella?

Fenella, volviendo á tomar el aire de autoridad que quiso tener sobre él, se puso entre Julian y la puerta donde intentaba llamar, moviendo la cabeza, frunciendo el entrecejo, y levantando el dedo, como para advertirle que no debia entrar en este cuarto.

Julian, despues de reflexionar un poco, creyó no poder dar otra interpretacion á la conducta y presencia de la muda, que suponer la venida de su ama á Londres, y que habia ella encargado á su criada muda, en quien tenia toda su confianza, le informase de algun proyecto acaecido en sus operaciones, que pudiese hacer inutil y aun perjudicial la entrega de su carta á Barston, aliás Fenwiche. Preguntóla por señas si estaba encargada por la condesa de alguna comision para él; ella hizo una seña con la cabeza manifestando impaciencia

Continuando con la misma especie de diálogo, preguntó si tenia alguna carta para él. Aumentóse entonces mas la impaciencia de la muda, dijo que no con la cabeza, y le hizo señã para que la siguiera, y echó á andar por el corredor adelante. Fué tras ella, no dudando queriallevarla donde estaba la condesa. Pero se aumentó mucho mas la admiracion que le causó encontrar á Fenella, cuando vió que le llevaba por vueltas sombrías y tortuosas de la Saboya con la misma destreza y rapidez, que habia manifestado poco tiempo antes bajo las bóvedas oscuras del castillo de la condesa en la isla de Man.

Pero acordándose que Fenella acompañó en otro tiempo á la condesa en un viaje largo que hizo á Londres, no le pareció inverosímil que hubiese adquirido un conocimiento exacto de aquel palacio arruinado. Tenian sus habitaciones en este sitio muchos extrangeros de la servidumbre de la reina viuda; muchos clérigos católicos habian hallado allí refugio, á pesar de la severidad de las leyes contra los papistas: ¿qué cosa mas probable sino persua-

dirse que la condesa de Derby, Francesa y católica tuviese algunos mensajes que enviar á ciertos de ellos, y que se hubiera servido de Fenella?

Haciendo Julian estas reflexiones, continuaba siguiendo los pasos ágiles de la joven muda, que parecia deslizarse á lo largo del Strand, desde donde se metió en Spring-Gardens, y despues en el parque de Saint-James.

No estaba todavía la mañana muy avanzada, y no habia en el parque mas que algunas personas que se paseaban para tomar el aire agradable. Solo al medio dia era cuando se veia brillar la alegría, el esplendor y el buen gusto. Todos nuestros lectores saben, sin duda, que el terreno donde se ve hoy el cuartel de guardias de corps de á caballo, hacia parte del parque de Saint-James en tiempo de Carlos II, y que el antiguo edificio llamado hoy la Tesorería era una dependencia del palacio de White-Hall, que se halla unido inmediatamente al parque. El canal se habia abierto, segun el plan del célebre Le Nôtre, para desaguar el terreno, y comunicaba con el Támesis atravesando un es-

tanque lleno de aves acuáticas las mas raras. Hacia este estanque se dirigió Fenella con celeridad; — y ambos se acercaban á un grupo de tres ó cuatro personajes que se paseaban por sus orillas, cuando fijando Julian los ojos en aquel hombre al parecer de mayor importancia que los otros, sintió que le palpitaba el corazón, como si hubiese adivinado hallarse inmediato á un personaje del rango el mas elevado.

El hombre á quien él miraba de este modo pasaba ya de la edad media, era moreno, y traía puesta una peluca negra muy larga; su casaca era de terciopelo negro liso, pero traía por encima una estrella de brillantes pendiente al descuido de una cinta que pasaba por el hombro. Sus facciones, casi fuertes, tenían, no obstante, un aire de alegría y gravedad. Era un hombre bien formado, de constitucion robusta, andaba con la cabeza derecha y con un aire de satisfaccion que parecia persona de la primer calidad. Caminando como iba delante de sus compañeros, se paraba de vez en cuando, y les hablaba con afabilidad, y probablemente

muy festivo si se habia de juzgar por las sonrisas, y algunas veces por las carcajadas de risa medio contenidas por respeto, que sus agudezas hacia dar á los que hablaba. Estos estaban tambien con el vestido de mañana; pero su exterior y modales los presentaban como sugetos de calidad en presencia de otro de rango superior. Dividian la atencion del que los precedía, siete ú ocho perrillos falderos negros, de pelo largo y rizado, que seguian á su amo muy de cerca, y acaso con un afecto tan sincero como el de los bipedes que concurrían á formar el grupo: al parecer, se divertía mucho el amo con las carreras y saltos que daban, tan pronto los excitaba para que jugasen, tan pronto los contenía. Iba cerca de él un lacayo con dos cestitas, y como por pasatiempo extraordinario tomaba de tiempo en tiempo el personaje un puñado de granos, y se los echaba á los pajarillos que andaban por las orillas del canal.

Nadie ignoraba ser esta la diversion favorita del rey, por lo cual esta circunstancia, unida con la fisonomía notable y el respeto que le te-

nian los que le acompañaban, no dejó á Julian duda ninguna. Veíase tal vez mas cerca de lo que permitia el decoro debido á la persona de Carlos Estuardo, el segundo de los reyes de Inglaterra que tuvieron este nombre desventurado.

Al tiempo que Julian estaba perplejo en seguir á su conductora, y cuando se veía sin medios como darle á entender la repugnancia que tenia en pasar mas adelante, á una seña que hizo Su Magestad, uno de su comitiva sacó de la faltriquera un caramillo, y habiéndole dicho Carlos que repitiese un trozo que le habia llamado la atencion en el teatro la noche anterior, se puso á tocar una sonata muy alegre, cuyo compas era muy vivo. Al paso mismo que el monarca de humor divertido media los tiempos con el pie y la mano, Fenella se fué acercando á él tomando todas las actitudes de una persona atraída contra su voluntad por el sonido del instrumento.

Picado Peveril de la curiosidad, trató de saber el fin de esta aventura, y sorprendido al ver que la joven sorda-muda imitase tan per-

fectamente los movimientos de una muger sensible al poder de la armonía, dió aun algunos pasos adelante, pero se paró á cierta distancia.

Mirólos el rey á los dos con buen semblante, como si el entusiasmo que les suponía por la música hubiera sido una excusa del atrevimiento que mostraban acercándose tanto á él; pero fijó sus miradas particularmente en Fenella, cuyo exterior y facciones, aunque ofrecian mas singularidad que belleza, tenían algo de extraño que debia parecer nuevo y aun seductor á un principe, cuyos ojos estaban como hartos de formas ordinarias de belleza en las mugeres. Ella no hizo, al parecer, atencion al modo con que se la miraba; y como si fuese impelida por un movimiento irresistible, resultado de los sonidos que, al parecer, oía, desprendió un alfiler de oro de sus hermosos cabellos negros, que, cayéndole por todas partes, formaban como un velo tejido por la naturaleza, y al mismo tiempo se puso á danzar con tanta gracia como agilidad al son del caramillo.

Casi se olvidó Peveril de que estaba el rey delante al ver la precision maravillosa con que llevaba Fenella el compas marcado por el sonido de un instrumento que no podia oír, y del que no podia juzgar sino por el movimiento de los dedos del que le tocaba. Habianle hablado como de un prodigio de una muger que, hallándose en la desgraciada situacion de esta joven, habia llegado, por una especie de tacto misterioso é incomprensible, á poseer bastantes conocimientos de música no solo para tocar muchos instrumentos, sino para regir una orquesta; tambien habia oido decir que ciertos sordos-mudos podian figurar en un baile, siguiendo los movimientos de los que danzaban con ellos. Pero el fenómeno que tenia presente era todavía mas sorprendente, pues que puede guiarse el músico por las notas trazadas en el papel, y el bailarín por el movimiento de los otros, en lugar que Fenella no tenia otro director que el movimiento de los dedos del hombre que tocaba el caramillo, al que parecia observar con la mayor atencion.

Con respecto al rey, como que ignoraba las

circunstancias que hacian casi milagrosa la danza de Fenella, se contentó desde luego con autorizar por una sonrisa festiva, lo que le parecia efecto del capricho en esta muchacha; pero cuando vió con que tino y exactitud ejecutaba en su sonata favorita, tan graciosa como ágilmente, una danza enteramente nueva para él, pasó desde el contento á una real admiracion; llevaba el compas con el pie, le marcaba por una inclinacion de cabeza, palmeaba para aplaudirla, y, como ella, parecia arrebatado por un acceso de entusiasmo.

Despues de una serie tan rápida como graciosa de cabriolas, dió Fenella poco á poco un movimiento mas pausado para concluir la. Haciendo entonces una profunda reverencia, se quedó inmóvil delante del rey, cruzadas las manos ante el pecho, bajada la cabeza, fijó los ojos en tierra, cual esclava del Oriente delante su señor. Por entre el velo formado por su larga cabellera, se podia ver que los colores que le sacara la danza, desaparecieron rápidamente, y cedian el puesto al color de aceituna que le era natural.

— Por mi vida, dijo el rey, se pensaría ser una hada bailando al resplandor de la luna. Preciso es que se componga de mas fuego y aire que de tierra. Tenemos la fortuna de que la pobre Nelly Gwyn no la haya visto, porque hubiera muerto de rabia y envidia. Muy bien, caballeros, ¿quién de vms. me ha preparado esta diversion?

Miráronse unos á otros los cortesanos, pero ninguno de ellos se reconoció con derecho á reclamar el mérito de esta galantería.

— Pues entonces se lo preguntaremos á la ninfa de los ojos vivos, dijo el rey mirando á Fenella : dinos, bella muchacha mia, á quien debemos el placer de haberte visto. Sospecho que es el duque de Buckingham, porque justamente es una *pasada de su genio*.

Fenella, viendo que el rey hablaba con ella, hizo otra reverencia tan profunda como la primera, y añadió una seña para dar á entender que no podia oír lo que se le decia.

— ¡Oh! ¡oh! no sabia yo eso. Precisamente, es una extrangera : su tez y agilidad lo comprueban. La Francia ó la Italia vieron formar-

se esos miembros elásticos, esas megillas morenas, esos ojos ardientes. Y él la preguntó entonces primero en francés y luego en italiano quien le habia dado orden de venir al parque.

Fenella, cuando se le hizo esta nueva pregunta, echó á la espalda su bella cabellera para dejar ver su exterior melancólico, é hizo un gesto acompañado de murmullos suaves y doloridos para manifestar que le faltaba la palabra.

— ¡Es posible que haya cometido la naturaleza un error semejante! dijo en alta voz Carlos. ¿Puede haber negado la melodía de la voz á un ser que tan sensible hizo á la belleza de los sonidos?

— Pero, ¿qué significa esto? ¿Quién es aquel joven inmóvil á pocos pasos de nosotros?

— ¡Ah! sin duda, es el que hace ver esta curiosidad.

— Amigo, dijo á Peveril, quien, por un signo de Fenella, se avanzó máquinalmente, é inclinó la rodilla delante del rey, te damos las gracias por la diversion tan agradable que nos has proporcionado esta mañana. — Marqués,